



"La Nación", Buenos Aires  
15 de febrero de 1914

4-7

RECOGIDO EN "De esto  
y de aquello" tomo III

## ESPAÑA EN MODA

(PARA LA NACIÓN)

SALAMANCA, enero de 1914.

Desde hace algún tiempo España está poniéndose en moda en Europa, y singularmente en Francia. Y a fe que no se si alegrarme por ello o sentirlo. Tal es la mala voluntad que lo tengo a la moda, que es todo lo contrario del entusiasmo, del verdadero interés. Y en otro sentido, todo lo contrario de la verdadera elegancia, y la negación de la estética. Ahora se lleva mucho España, como se lleva un chaleco de fantasía o una nueva falda «entravée» o como sea; pero una cosa que así se lleva se usa y gasta sin haberla conocido. Hoy visto el hispanismo, y las cosas que visten, o sea aquellas de que uno se viste, no pasan de la piel.

Por otra parte, esta moda puede llevar a algunos, por pocos que ellos sean, a tratar de penetrar de veras en el corazón de aquello que se pone en moda. Hasta ahora, en el caso concreto que me ocupa, este «engouement» por las cosas españolas—costumbres, literatura, artes, historia, género de vida, etc.—no ha pasado de «chroniqueurs», periodistas, novelistas a caza de asuntos exóticos y eruditos, que son los peores, pero acaso llegue algún hombre de espíritu a ahondar en el espíritu de nuestro pueblo.

De los eruditos ya os he dicho muchas veces. No vienen ellos sino a la pesca de un asunto para una tesis—la inevitable «thèse»—que les sirva para obtener un grado de doctor o una agregación. Hay quien se gasta tiempo y vista y pulmones—respirando el polvo de cualquier librego—archivo—no más que para resolver un problema... bibliográfico! Lo importante para el desdichado erudito puro, para el confeccionador de una de esas tediosas ediciones llamadas críticas, es demostrar virtuosidad en la técnica de la erudición. Hace un estudio sobre uno de nuestros místicos, pongo por caso, sin que jamás palpíte su pecho con la emoción mística.

Y luego hay los otros, los que tienen talento y espíritu y emotividad, pero que vienen acá a tiro hecho, a corroborar prejuicios, y a quienes España, la España real y viva, no les sirve sino de pretexto para una su España de fantasía, del tipo de la de Victor Hugo, la de «Hernani» y «Ruy Blas», o de otro tipo cualquiera. Y se nos salen con sangre, voluptuosidad y se nos salen con fantasías así. Aun cuando éstos son, desde luego, inmensamente superiores a los otros. El Viaje de Teófilo Gautier sigue siendo, a pesar de sus innumerables errores de detalle, muy superior a otros Viajes mejor documentados, más exactos, pero sin alma. Y en cuanto a Próspero Mérimée, al gran Mérimée, ¿quién duda de que tuvo la visión y la comprensión más profunda de España?

Todas estas rápidas y algo vagas reflexiones vuelve a sugerírmelas un artículo, mucho más rápido y más vago que ellas, que un M. Louis Bertrand inserta en el

número del 10. de este mes de diciembre de la «Revue des Deux Mondes», artículo que lleva por título «Mes Espagnes». Y que empieza diciendo: «L'Espagne redévient à la mode chez nous». Y esto es lo que, sin dejar de halagarme, me inquieta, el que España vuelva a ponerse de moda en Francia. Y lo que más temo es que esa España a la moda francesa refluya sobre nosotros y nos retraduzcamos. Cosa que ha sucedido antes de ahora.

«La imaginación francesa—dice M. Bertrand—ha encontrado siempre en la literatura y las costumbres españolas un tónico saludable. Hasta me atrevería a decir que ha menester de este excitante. No es de hoy la costumbre de emprender el camino de tras los montes. Periódicamente ha ido a exaltarse o a volver a halar el sentido de lo que en el siglo XVII se llamaba «la bella naturaleza» en el país de Velázquez, del Cid y de Santa Teresa. Hasta la borrachera de sol poético que allí abajo sufrimos, nos hace bien. Para nosotros, viñadores de país chato, un vaso de vino aromoso y dorado de manzanilla bebido sobre la mesa de la más sórdida taberna, nos descubre de repente un mundo de encantamiento.»

¡Alto aquí! Y para deciros que no es precisamente a través de la «griserie», de la semiborrachera, que causa un vaso de manzanilla bebida en un colmado andaluz cómo hay que ver España. Se corre el riesgo de que el encantamiento salga de adentro del bebedor, que lo haya traído él de su propio país. Es bebiendo agua pura y fresca, con la cabeza despejada y mejor aun con el estómago no demasiado lleno, como hay que mirar a España. A los que vengan de Europa con dispepsia lo primero que les hace falta para comprender y sentir y querer a España, es curarse de esa dispepsia mediante un régimen de sobriedad y de sencillez españolas. Y los que vengan poniendo sobre todo las voluptuosidades de un confort emollecedor, harán bien en volverse desde la frontera. No es esta tierra para esos señoritos necios que no duermen si hay un pliegue en la sábana y que miran antes que al cielo al macadamizado de las calles, gracias a Dios.

Sigue diciendo M. Bertrand que si en las épocas de hundimiento, de «affaissement», de letargo y flojera literarias se repliegan ellos, los franceses, sobre sí mismos, sobre sus costumbres, sus tradiciones y sus paisajes, si entonces la buena marca para un libro es la de ser «bien parisiense», el lirismo se desvanece en sentimentalidad y los poetas de intimidad florecen, por el contrario, en las épocas de rebrote, de empuje y de energía creadores, y también de grandes ilusiones, se apresuran a franquear las fronteras. «Y es siempre hacia el Mediodía a donde nos volvemos—añade,—hacia España e Italia, como a las tierras elegidas de la pasión y de la belleza. El norte no vale nada para nuestro temperamento. Después de una breve excursión por las brumas, volvemos pronto al sol y a la sonrisa del Mediterráneo.»

Claro está que esto que dice M. Bertrand hay que corregirlo con el hecho histórico de la enorme, de la enormísima influencia que Inglaterra, su literatura, su ciencia, su política, sus modas, han ejercido sobre Francia, y la influencia también sobre ella de Alemania. A partir del siglo XVIII, ya



UNIVERSIDAD  
DE SALAMANCA

GREDOS.USAL.ES



desde Voltaire tan hondamente anglicanizado, puede asegurarse que la influencia intelectual más grande sobre Francia ha sido la inglesa.

Saca luego a relucir M. Bertrand como grandes españolizantes franceses a los que sugirieron a Corneille y dice después: «Todavía hace poco, después del período de depresión que sucedió al naturalismo, cuando sentimos la necesidad de lavarnos de un prosaísmo grosero y, como se dice, de restaurar la noción del individuo, casi aniquilada por la escuela de Zola,—del individuo voluntario, activo, apasionado,—fué también hacia el lado de los montes a donde dirigimos nuestras miradas.»

¡Y pensar que ese mismo Zola, cuyo realismo de gabinete es todo lo contrario del realismo de calle y de campo de nuestra vieja novela picaresca, hizo estragos en España! Y así fué durante el ominoso período literario que yo llamaría sociológico, cuando las novelas estaban infestadas de tesis sociales. Entonces se puso de moda ese pseudorealismo que construye los personajes—verdaderos maniqués mecánicos—con monografías de médicos alienistas y vacía en las páginas de una obra que pretende ser artística las notas todas tomadas a modo de inventario notarial en el «carnet» de una excursión para documentarse. Hasta se llegó a hablar de una cosa tan desatinada e incongruente como es la novela experimental. Y fué que al bueno de Zola, un romántico rezagado y desviado—y es su romanticismo lo que le salva, a pesar suyo—se le indigestaron las doctrinas de Claudio Bernard, que no estaba en disposición de poder comprender a fondo. A lo que hay que agregar su absoluta ineptitud para la comprensión filosófica.

«Lo mismo que Victor Cousin—dice M. Bertrand—partía hacia Alemania para hacer una leva de ideas, fuimos a España a hacer nuestra leva de color y de energía. M. Maurice Barrés dió satisfacción a esta necesidad que cabe decir nacional.»

No están mal, sin duda alguna, las cosas que sobre España ha escrito Barrés, aunque hay en ellas un evidente «parti pris». Y es que España viene sirviendo desde hace algún tiempo como de cabeza de turco para querellas intestinas de otros pueblos. Unas veces enarbolan su nombre los de la extrema izquierda que dicen querer ayudar a los que aquí luchan por emancipar a su patria de no sé qué inquisición y no sé qué horrores que aseguran padecemos los españoles, y otras veces lo enarbolan los de la extrema derecha, que ven en España, tampoco sé bien por qué, el último baluarte del catolicismo. El nombre de España es un arma de combate ya en manos de radicales, ya en manos de reaccionarios.

El nombre, no va de España, sino de Fe-

rrer, sirvió en Bélgica a los que nada sabían de cierto ni de concreto respecto a España y mucho menos todavía respecto a Ferrer, para sus luchas nacionales intestinas. De Ferrer y de nosotros, los españoles, se les daba una higa. Necesitaban los radicales belgas una leyenda cualquiera para luchar contra los católicos belgas y la encontraron en la remota, remotísima España. Porque en el orden del conocimiento la España de hoy, la viva y real, está tan lejos de las inteligencias de aquellos radicales belgas como puede estarlo el Egipto de los Faracnes. Y la leyenda ferrerista de hoy se enlazaba con la vieja leyenda del tercer duque de Alba y ese Felipe II, el Demonio del Mediodía.

Todo leyenda. Y menos mal que esa infame leyenda moderna empieza a disiparse, después de haberla fraguado unos cuantos españoles atacados de nuestra tan genuina y característica rabia hipocoudriaca contra lo propio, cuando nuestros com-patriotas no nos ponen sobre el pedestal que creemos merecer.

Pero junto a esa leyenda ferrerista que nos ha valido tantos consejos de sabios (!!!) extranjeros que se han propuesto ¡Dios se lo pague! coadyuvar a la redención de esta desgraciada España—y nunca olvidaré una amenisíma pastoral, modelo de vaciedades de hombre que no se entera, que a nuestra juventud dirigió, el apostólico Anatole France—junto a esa leyenda se ha forjado otra contraria y España ha venido a ser la tierra de promisión de no pocos antiguos «dreyfussards» franceses. Y ni lo uno ni lo otro.

Mas dejando esto, sobre lo que pienso volver con más despacio y calma, sigo con las observaciones de M. Bertrand, el cual hace notar y valer las simpatías que sintieron siempre los loreneses, súbditos en un tiempo del rey de España, por ésta nuestra patria, empezando por el gran lorenés Víctor Hugo, del cuales aquel verso, que no cita M. Bertrand, de:

«Je nacquís a Besançon, vieille ville espagnole».

Los loreneses, al decir de Bertrand, quieren a España no sólo por su color, sino por el vigor de su temperamento y la energía apasionada de sus costumbres. «Lo que nos gusta sobre todo en el carácter español—dice—es lo serio, la gravedad, el desdén de la floritura, el gusto profundo por las realidades. Ningún pueblo más realista que éste, cuya imaginación agota todo lo real, sobrepasa los sentidos, y hasta en las altas regiones místicas quiere tocar formas concretas, fácilmente accesibles al espíritu». Esto está muy bien y me parece muy exacto.

Pero está mucho mejor lo que dice poco después, y es: «En fin, lo que podemos todos gustar en España—y lo que a mí me gustaba por encima de todo en ella—es que rechaza e intimida la bobaliconería del turista. No se viaja allí cómodamente. Sus posadas apenas halagan la sensualidad. El habitante no es obsequioso ni se da empeño por agradar. Aparte dos o tres atractivos, trivializados hasta la saciedad, como los bailes o las corridas de toros, la admiración de los «snobs» no sabe a qué agarrarse. El arte español pasa por estar, en general, desprovisto de originalidad, lo que





dispensa de comprenderlo. En cuanto a los paisajes apenas ofrecen sino bellezas espirituales, cerradas para el mayor número, o exageraciones y violencias de líneas y de colores que repugnan al transeúnte. Las costumbres son letra cerrada para la mayoría de los viajeros. Y así es cómo España se queda a nuestros ojos como un país casi nuevo, no sobado todavía por la descripción literaria. En todo caso, no está tan gastado como Italia, y es dudoso que llegue a estarlo nunca. Se defiende demasiado bien. Ha podido decirse irreverentemente que hay en la literatura de hoy un «chichi» de Venecia. No hay todavía, que yo sepa, un «chichi» de Toledo.»

El fondo del párrafo que acabo de traducir es muy exacto, aunque algunos detalles sean discutibles. Muy cierto que España no es para la fatuidad «(badauderie)» de los turistas que van en busca de impresiones ya de antemano clasificadas, pero no puede decirse que el español no sea obsequioso. Es decir, si obsequioso quiere decir de una cortesía de empleado de hotel o de portero que espera la propina, en efecto, el español no es, a Dios gracias, «empressé». El imponderable Baedeker en su edición francesa dice que somos hospitalarios, pero «pointilleux», quisquillosos. Aun no nos ha corrompido el apetito del «pourboire». Y hasta reina aquí una cierta democracia que a alguno de esos turistas que se pican de aristócratas le escandaliza un poco. Y poco que me rei de la molestia de un cierto turista extranjero que entendía muy bien el español—¡como que era su lengua nativa!—al oír que un cochero que le servía le llamó una vez... hombre. Parece que le dijo: «¡pero, hombre!... etc.». Se conoce que no se había visto tratar de hombre.

Y muy bien lo de que ni la originalidad del arte español—originalísimo en sus imitaciones de estilos extranjeros—ni las hermosuras del paisaje están al alcance del primero que pasa, y que las costumbres son letra cerrada para la mayoría de los viajeros. Esta nuestra España con su seriedad recogida y trágica no es para que gusten de su acerbo encanto, del dolor sabroso según frase de Santa Teresa, que en ella se gusta, esos caballeros que se van disparados a la Cosmópolis que flota encima de París, no a París mismo, a hundirse en esa Cosmópolis, en un lazo de carne humana y a gustar los únicos placeres accesibles a los que si no tienen cerebro tampoco tienen corazón. Y, por otra parte, en el aspecto artístico, no es la suprema elegancia española la que se expresa en nuestros grandes pintores, valor estético que puedan apreciar los que se ofenden de las rodilleras en los pantalones y viven esclavos de la moda y del protocolo.

A los señoritos descaracterizados les ofende aquí un cierto exceso de carácter, de individualidad.

M. Bertrand protesta contra la manía de muchos de cerrar los ojos a todo lo que no es arqueología, esteticismo o historia y vuelve por los fueros de la España actual y viva. Protesta contra los que quieren humillarnos ante nuestros grandes antepasados. De esto he dicho algo en el prólogo que le he puesto a la traducción española del excelente libro del inglés Mr.

Bagot sobre «Los italianos de hoy». Sí, como M. Bertrand hace bien notar, italianos y españoles tenemos derecho a quejarnos de eso de que se quiera hacer de nuestros seudos países nada más que museos de cosas pretéritas.

Y acaba diciendo M. Bertrand:

«La España actual nos ofrece, pues, como la del pasado, muy ricos y muy abundantes asuntos. Guardémoslos de mirarla no más que de pasada desde la ventanilla de un «sleeping», del balcón de un palacio o de las gradas de una plaza de toros. Tiene algo mejor que darnos que pequeñas emociones artificiales ante los juegos trágicos del amor o del estoque. Veamos más bien allí—y esto nos hará bien—un pueblo cuya energía moral ha quedado intacta, que no está estropeado por literatura alguna ni enervado por el bienestar, cuyo cerebro está sano y los músculos sólidos, que se lanza ardoroso al trabajo y a la ganancia donde encuentre empleo para sus brazos, y que cuando llegue el día estará pronto a correr las más osadas empresas.»

\*

Cuando acababa de ver el artículo de M. Louis Bertrand me llegó de ese Buenos Aires un libro generoso y justiciero—no hay más difícil generosidad que la justicia—sobre España. Es la segunda edición de «El solar de la raza», de Manuel Gálvez. De él, relacionándolo en ciertas cosas con el de Mr. Richard Bagot, «Los italianos de hoy», que acaba de traducirse al español, quiero ahora hablaros. Mas antes, gracias a Gálvez, muchas gracias. ¡Es tan raro saber ser justo con los que nos hicieron!

MIGUEL DE UNAMUNO.

